

***Fuerzas especiales* de Diamela Eltit: la microhistoria de la derrota y la resistencia del sujeto menor (Santiago: Seix Barral, 2013)**

Por Patricia Espinosa H.

Instituto de Estética, Pontificia Universidad Católica de Chile

pcespinosa@gmail.com

Quiero comenzar insistiendo en un punto que a mi parecer debe ser remarcado: Diamela Eltit es una de las más grandes narradoras de la historia chilena y latinoamericana, una voz fundamental no solo en el ámbito de las narrativas de ficción, sino también en el de la crítica cultural y política. Diamela Eltit posee una obra literaria sólida y grandiosa que se incrementa con este nuevo volumen.

*Fuerzas especiales*² se inserta en el realismo social y la alegoría posépica, la microhistoria de una derrota y de los vencidos, aquellos seres que el sistema neoliberal intenta destruir sin conmiseración alguna. La narración configura la voz de una mujer innominada, la que ocupa un rol protagónico. Es ella la que nos hace entrar a su territorio. Un departamento en un cuarto piso de una villa o población ubicada en la periferia de Santiago de Chile. Un espacio habitado por el padre, la madre y una hermana; seres dañados que arrastran cuerpos enfermos, a los que se les ha despojado prácticamente de todo.

La gran tarea de estos personajes es lidiar con el día a día, intentar sobrevivir al proceso de destrucción ejercido por el poder. Eltit instala una propuesta donde emergen dos polos: uno, el del poder y sus esbirros, las fuerzas especiales; el otro, los pobladores, que parecieran haber abandonado cualquier forma de confrontación, cualquier deseo, sometidos al miedo, la violencia, al horror de la desaparición y la muerte.

La población donde Diamela Eltit instala a sus personajes se encuentra bajo un estado de excepción permanente. Porque todo indica que el estado de excepción es la normalidad



² Santiago, Seix Barral 2013, 165 páginas.

del estado neoliberal o simplemente del Estado. La progresiva suspensión de los derechos de ciudadanía en un movimiento pretendidamente sutil, pero implacable, busca arrinconar en una condición de degradación irreversible a ese sujeto que ha sido desposeído de todo, incluso de la romántica idea de ser el portador del germen revolucionario. El/la sujeto paria, resulta así el desecho social en su máxima expresión. Abandonado por todos, incluso por una izquierda más preocupada de reformas que garanticen la viabilidad de un modo de vida pequeñoburgués, el/la paria resultará objeto predilecto de políticas de exterminio o de políticas del desalojo. Y es eso precisamente lo que importa, desalojar, dejarlos sin un sitio, un territorio físico, topográficamente establecido, pero también sin territorio social e ideológico. Eltit fija aquí su mirada en los más pobres entre los pobres, el/la sujeto sometido a la pobreza absoluta, total, que vive en la devastación completa y en la amenaza del desalojo constante. Sujetos para quienes el estado de excepción no es sino un permanente ejercicio de la violencia, porque no tienen una normalidad a la que volver o un orden que restablecer. Despojados de prácticamente todo, solo les queda su cuerpo.

Es importante destacar la radical importancia del cuerpo en esta escritura. Estamos ante cuerpos que operan como territorios de la derrota, territorios que se van destruyendo por los efectos de un acoso constante. Al sujeto material y simbólicamente despojado de toda dignidad, solo le queda el cuerpo como espacio de resistencia; sin embargo, el poder funciona como una permanente máquina deseante. El poder, que es equivalente al mal, no deja jamás de ejercer su

deseo de muerte y destrucción de estos seres.

La protagonista solo tiene su cuerpo y un deseo de sobrevivencia. Por ello ve en la prostitución la única posibilidad de ganarse la vida, aun cuando su cuerpo sufra un daño irreversible. El cuerpo ha sido intervenido por la figura masculina, pero en particular por el dinero que porta tal figura masculina. La transacción sexual avería su cuerpo, quien busca la alienación a través de imágenes en internet. La chica mira con una apagada esperanza la luminosa pantalla del computador, intentando fallidamente evadir el dolor que lacera su vagina. Pero no solo su cuerpo ha sido dañado, sino también el de sus amigos: Lucho, quien tras una golpiza con la policía arrastra una cicatriz que le cruza la cabeza, y Omar, quien tiene la mandíbula deformada de tanto realizar sexo oral a los policías y que, al igual que ella, arrienda una caseta del *ciber* para negociar con lo único que les va quedando: su cuerpo. Así, la derrota parece absoluta, como si estuviera a punto de completarse, a cada instante, la política de la aniquilación.

Eltit insiste en explorar allí donde el poder no tiene caretas, ni buenas intenciones, ni discursos sobre la buena convivencia. Su proyecto estético-político encara al poder en el lugar mismo donde la retórica deja paso a lo que es su constitución misma, su naturaleza: la violencia, expresada como una enorme acumulación de armas, acumulación que se repite, en pequeños enunciados emitidos por un narrador indeterminado. Así, el discurso de la protagonista es intervenido por frases como estas: "Había dos mil Webley-Green, 455". (11), "Había un rifle Taurus M62" (11), "Había

treinta y cuatro mil Astra M1021" (13), "Había ochocientas cuarenta y cinco porras de plomo" (30), "Había ochenta proyectiles de artillería de 280 mm". (66), "Había cuarenta misiles intercontinentales Voevoda" (112), "Había dos mil bombas de Nalpam" (147). Armas de variadas épocas y países, simples como dardos o avanzadísimas como las bombas de neutrones, haciéndose presentes en una grotesca letanía a lo largo de todo el libro.

Los habitantes de este *ghetto*, están atrapados por un cordón policial cuyo objetivo es destruirlos progresivamente. El territorio poblacional, los bloques, sus pasajes están intervenidos por el ojo panóptico que, a fin de cuentas, desea la destrucción de tal comunidad. Los habitantes de esta villa miseria, conforman una comunidad, compartiendo su condición de clase y el odio/miedo hacia el poder. Un poder que desea, tal como lo propone el discurso posmoderno y neoliberal, aniquilar cualquier forma de aglutinamiento social. Uno de los máximos temores del poder es que los sujetos se articulen, porque es entonces cuando puede surgir la resistencia.

En este volumen la resistencia se reduce progresivamente, los sujetos están cada vez más imposibilitados de subvertir el acoso y la cercanía del fin absoluto; porque la dominancia triunfa en el ejercicio de su poder normativo y los sin nombre, subalternos, ya no irrumpen en el espacio público, ya no lo reconfiguran con sus lenguajes. Es este devenir de la derrota lo más inquietante de Fuerzas Especiales, la posibilidad de una derrota total, la reflexión sobre el fracaso profundo de la idea de liberación o emancipación. Porque Eltit pone en ejercicio una reflexión

sobre la derrota como un fenómeno de causas múltiples y dispersas, tanto militares como biopolíticas, económicas o culturales. El acoso es multiforme y parece no dejar escapatoria alguna.

Sin embargo, la mujer, el Lucho y el Omar, conforman un territorio particular: el de la resistencia menor. Esta pequeña comunidad de jóvenes son capaces aún de crear, generar un juego de video, en el que ellos son los sujetos protagonistas, los encargados de preparar una representación de la resistencia a través de la pantalla del computador. La escena confrontacional solo puede ocurrir, entonces, a través de la realidad virtual, porque en el fuera la guerra ya ha emitido la orden definitiva.

Pero las tecnologías comunicativas y virtuales no son en este libro algo transparente; al contrario, son más bien algo turbio, que no logran revertir la condición social o existencial de sus consumidores. Internet, el epítome de la globalización, la más alta cumbre de la interactividad comunicacional, anula cada una de sus caracterizaciones positivas y se convierte en una escenografía, una interfaz cosificada. Lo que la narración nos expone es la inutilidad que adquiere la tecnología para un conjunto de seres que conforman lo que el sistema considera desechable. Sujetos condenados a desaparecer a los cuales el acceso a internet no logra compensar, reemplazar ni hacer más soportable las carencias materiales en las que han sido situados.

Aun así, en medio del devenir derrotado de los personajes, surge un enunciado que mínimamente podría marcar un pequeño gesto de rebeldía: "pakos kuliaos" (165) se titula un videojuego creado por

la muchacha, el Lucho y el Omar. Un pequeño gesto en el límite de la desesperación, la creación de una ficción como la posibilidad de recuperar en parte la dignidad arrebatada, un gesto postrero para cuando ya no se espera nada. En el borde de la desesperanza, Eltit pareciera querer reivindicar la creación rabiosa como una forma de combatir la derrota y la muerte. "Pakos kuliaos" emerge como un enunciado de resistencia, como un "Yo acuso" potente en contra de la indiferencia burguesa que neutralizará rápido su rebeldía recibiendo algunas prebendas hechas

a la medida y que dejarán intacta la estructura de clase, la estructura de castas, la violencia del sistema. No hay en el libro de Eltit el agenciamiento de una protesta ciudadana, sino algo mucho peor, más grave, más oscuro, algo que el buen ciudadano o ciudadana no quiere ver y menos pensar, el ejercicio mismo de la violencia sistémica, las bases mismas del orden y el control. Así, *Fuerzas especiales* se convierte en una de las más terribles y profundas reflexiones sobre la derrota de los últimos años.